

La duracion de su vida era de siglo y medio; á este último limite de la existencia, su muerte era muy dulce: se acostaban sobre una yerba narcótica y no volvian á despertar.

La fantasía de los retóricos y de los filósofos durante la época romana, no es ménos fecunda que en la anterior: Dion compone su *Discurso Borysténico*, Eliano ahonda su *Valle de Tempé*, Antonio Diógenes cuenta las *Cosas maravillosas vistas mas allá de Thule*, Ethico establece su *Cosmografía*, en la cual, al ménos en la traduccion de San Jerónimo, se concede un espacio extenso al paraíso y al infierno. Digamos dos palabras de la obra de Antonio Diógenes.

Thule parece designar la Islandia; muchos lo han creído así, y en particular Kepler, como se verá en su descripcion de la Luna; esta designacion se encuentra indicada en los planos topográficos de Erathóstenes, de Hipparco y de Strabon. En todos los casos, nota el historiador que los habitantes del país tienen noche de muchos meses, y (en Plutarco se verá relaciones con esto) el viajero pretende haberse acercado bastante á la Luna para ver cuanto pasaba, y lo referia á los hombres curiosos de instruirse. Tres narradores juegan en esta relacion: Dinias, Dercyllis y Mantinias, que parecen exagerar á porfia. Dercyllis habia visto caballos que variaban de color como los camaleones y hombres que veian de noche y eran ciegos de dia (en el siglo décimotercero los *Hombres voladores* harán un descubrimiento igual). En fin, esta relacion maravillosa pretende referir todo lo que los hombres, los animales, el Sol y la Luna ofrecen de prodigioso.

La popularidad de los *Viajes imaginarios* entre los Romanos está, ademas, demostrada por la sátira de Luciano (1). Aquel á quien llamaremos el padre de Rabe-

(1) No se debe deducir de aquí que estos Viajes imaginarios tengan una relacion indispensable con la idea de la pluralidad de Mundos: por el contrario, los astros no están considerados generalmente como otras tantas moradas humanas; la imaginacion es quien guía, no la ciencia. Lucrecio es casi el único que, en su poema *De natura rerum*,

lais no hubiera escrito su *Viaje á la Luna* si los precedentes no hubiesen sido muy notados. Un historiador contemporáneo (1) piensa que no se encuentra en su libro la alta importancia moral de *Robinson* ni la significacion política ó social de *Gulliver*; pero que tampoco es una obra frívola como el *Viaje á la Luna* de Cyrano de Bergerac. Mas tarde veremos si el libro de Cyrano es tan « frívolo » como se dice. Hablemos ahora extensamente de Luciano.

ΛΟΥΚΙΑΝΟΥ ΤΟΥ ΣΑΜΟΣΑΤΕΩΣ ΤΑ ΣΩΖΟΜΕΝΑ.

LUCIANO DE SAMOSATA. — *Historia verdadera.*

El satírico autor de los *Diálogos de los Muertos* es demasiado conocido para que necesitemos hacer obser-

haya abordado seriamente nuestra cuestion. Por tanto, en la lista siguiente, en donde reunimos los poemas griegos y los latinos sobre la astronomía, no hemos encontrado nada que sea digno de figurar en un libro sobre las teorías de que hablamos.

Los poemas mas antiguos cuyo recuerdo nos hayan trasmitido la fábula y la historia son los poemas de Hércules, de Isis y de Theseo. En seguida vienen las *Argonáuticas* de Orfeo, de Apolonio de Rhodas y de Valerio Flacco, los *Trabajos* y los *Dias* de Hesiodo. Las *Dionysíacas* de Nonno, que contienen veintidos mil versos, tantos como contienen juntas la *Ilyada* y la *Odyssea*, son tambien puramente alegóricos. La *Esfera* de Empédocles abre los poemas astronómicos, cuya serie está sostenida por los *Phenómenos* de Arato, las *Astronómicas* de Manilio, la *Urania* y las *Meteorológicas* de Pontano. Esta serie podría continuarse en los tiempos modernos por la *Esfera* de Buchanan, los *Eclipses* de Boscovich, los *Cometas* de Souciet, el *Arco iris* y la *Aurora boreal* de Vocetti, y la *Esfera de Picard*. El *Essai sur l'Astronomie* de Fontanes, contiene aspiraciones notables en nuestro favor, pero el *Genie de l'homme* de Chénedollé ni aun toca la cuestion en su canto sobre la astronomía.

(1) Chassang, *Du roman dans l'antiquité*, 3^e part., ch. VI.

var que pertenece á la tercera categoría de nuestros autores, y que su viaje ficticio al cielo no es mas que una novela agradable nadando en plenas aguas del rio Imaginacion, como decian nuestros padres. Sin embargo da idea de las fantasias á que se habian entregado los antiguos á propósito de la posibilidad de otros Mundos y otros seres; pero los resplandores mitológicos proyectan todavía sobre su asunto sus matices y sus colores.

El viaje de Luciano al globo de la Luna, al del Sol, á la isla de las Lámparas, situada entre las Pléyadas y las Híadas, etc., es, á pesar de su prioridad, uno de los mas ingeniosos é interesantes; pero al mismo tiempo es uno de los mas libres, y se advierte en cada página que la brisa que impulsaba la barca de Horacio y la de Ovidio no ha dejado de soplar sobre las risueñas llanuras de la Italia.

Despues de haber pasado las columnas de Hércules y de haber entrado en el mar Atlántico, en un bajel bien tripulado, Luciano y sus compañeros se vieron empujados por un viento del Este por espacio de setenta y nueve dias, sobre un océano sombrío y borrascoso, y encontraron una isla muy alta cubierta de bosques, en que tomaron tierra. Habia allí rios de vinos, y las vides eran mujeres cariñosas. Algunos de los navegantes se dejaron sorprender por sus encantos; pero Luciano y sus amigos tuvieron la virtud de continuar su viaje sobre el mar sin límites.

Cierto dia, su bajel fué arrebatado por una bomba marina hasta la altura de tres mil estadios (cien leguas), y desde este dia comenzó á bogar en el cielo. Durante siete dias y siete noches vagaron por el espacio; pero el octavo abordaron á una grande isla redonda y luciente, suspendida en el aire y sin embargo habitada. Cuando se miraba abajo desde esta isla, se veia una tierra cubierta de rios, de mares, de bosques y de montañas; lo que hizo juzgar á nuestros viajeros que era nuestra tierra, tanto mas cuanto que veian en ella ciudades que parecian grandes hormigueros. Apenas habian entrado en el país, para reconocerlo, cuando fueron cogidos por

hippógrifos, hombres montados sobre rocines alados, de tres cabezas y cuyas alas eran mas largas y mas anchas que la armadura de un barco de vela. Segun la costumbre del país, llevaron los extranjeros al rey.

El rey de la Luna conoció muy luego por sus trajes que eran Griegos. El era igualmente Griego de origen porque era el mismo Endimion. A la sazón estaba en guerra con Su Majestad Phaetonte príncipe del Sol, Mundo habitado como el de la Luna; y al dia siguiente mismo debia darse una batalla entre los habitantes de la Luna y los del Sol.

Muy de mañana, al otro dia, hallábanse reunidas todas las tropas. El ejército de la Luna era numeroso; solo la infantería se elevaba á sesenta millones. Habia ochenta mil hippógrifos, veinte mil lacanópteros, grandes aves cubiertas de yerbas sobre las cuales estaban montados scorodómacos; habia treinta mil psyllotoxotos, montados en pulgas grandes como doce elefantes... Nos parece que aquí Luciano se burla de la nomenclatura de Homero bajo las murallas de Troya, la cual, como es sabido, es positivamente interminable. No reproduciremos la larga descripción del alegre narrador sobre los ejércitos lunar y solar; véase aquí únicamente, para la singularidad de la ficción, la lista de los nombres inventados por él para representar los seres nuevos:

<i>A la estremidad de la Tierra.</i>	Viñas-mujeres,	
<i>Ejército en la Luna.</i>	Hippógrifos,	
	Lacanópteros,	que tienen las alas de yerbas.
	Scorodómacos,	que combaten con ajos.
	Ceuchróbolos,	que arrojan granos de mijo.
	Psyllotoxotos de la estrella polar,	
	Anemódromos,	que el viento hace correr.
	Strutobalanos,	gorriones-bellotas.

*Ejército
en el Sol.*

Hippogéramos, á caballo sobre grallas.
 Hyppomyrmecos, á caballo sobre hormigas.
 Aerocóncopos, mosquitos aéreos.
 Aerocóncopos, que saltan en el aire.
 Caulomycetos, tallos-hongos.
 Cynobalanos de perros-bellotas.

Sirio,
 Nephelocentauros centauros desnudos.

de la Via Láctea,
 Lámparas de las
 Pléyadas,

*En la
Ballena.*

Taricanos, cangrejos salados.
 Tritonmendettos, los de patas de gatos.
 Cartinoquiros, de manos de cangrejo.
 Cynocéfalos, de cabezas de perro.
 Pagurados,
 Psittópodos, los de piés ligeros.

Hombres de piés
 de corcho,

Minotáuros,

Mujeres marinas
 que se convier-
 ten en agua.

Es ciertamente un cuadro digno de Rabelais; y di-
 remos de paso que, el jocosó cura de Meudon nos
 parece que ha convidado muy á menudo á su mesa al
 buen viejo Luciano de Samosata. Pero volvamos á la
 Luna.

El combate entre los doscientos millones de séres se
 dió sobre una tela de araña tejida desde la Luna al Sol,
 y resultó en ventaja de los habitantes de ambos astros.
 Hicieron un tratado de paz en que se reconocian aliados
 y acordaban dejarian tranquilos á los habitantes de la
 demas astros, el cual fué sellado mediante un censo de
 diez mil moyos de rocío que Endymion pagaria á Phae-
 tonte.

En la Luna no hay mujeres... Los jóvenes conciben
 por la pantorilla... el niño está muerto al entrar en

mundo, pero exponiéndolo al aire principia á respirar...
 otros nacen en los campos, como las plantas, á conse-
 cuencia de cierta operacion hecha al efecto... Cuando un
 hombre llega á viejo, no muere, sino que se convierte
 en humo... Los Lunares no comen; tragan solamente el
 vapor (mas adelante se verá la misma idea en Bergerac)
 de ranas que hacen tostar... Su bebida es aire compri-
 mido en un vaso... No tienen necesidades naturales...
 En lugar de fuentes, tienen arbustos cargados de granos
 de hielo (cuando hiela sobre la tierra, es que el viento
 los sacude)... su vientre les sirve de faltriguera, y en él
 meten lo que quieren, porque se abre y se cierra como un
 zurrón de cuero... Se quitan y se aplican sus ojos como
 antiparras, y muchos que han perdido los suyos toman
 prestado los de sus vecinos... Las orejas son hojas de
 plátano... Los ricos llevan trajes de vidrio, los otros de
 cobre, porque uno y otro se hilan, y el último, cuando
 está mojado se carda como la lana... etc.

Los viajeros abandonaron la Luna y se hicieron á la
 vela al traves de las vastas llanuras del aire, por el lado
 de las constelaciones; un regimiento de hippógrifos los
 escoltó en el espacio de unos quinientos estadios. Detu-
 vieronse muy poco tiempo en la estrella del dia, y
 dejándola á la derecha, entraron en el zodíaco y lo
 siguieron hasta Tauro. Allí hay, entre las Pléyadas y
 las Híadas, una isla maravillosa, que se llamaba la isla
 de las Lámparas, adonde llegaron á la entrada de la
 noche. Cuando bajaron á ella, no hallaron ni vegetales,
 ni animales, ni hombres, sino Lámparas, que iban y
 venian como los habitantes de una ciudad, ya á la plaza,
 ya al puerto; las mas pequeñas y mezquinas como la
 gente ordinaria; las otras grandes y resplandecientes,
 pero en corto número, como los ricos. Todas ellas tenían
 su nombre y su vivienda, y hablaban y se entretenian
 como los ciudadanos de una república.

Después de haber permanecido allí toda la noche, se
 marcharon al otro dia y se dirigieron entónces, para dar
 la vuelta hácia los límites de la Tierra. En este viaje
 visitaron la ciudad de Nephelococcygia, de que habla
 Aristóphanes; Coronó, hijo de Cottyphyon, era su rey;

no descendieron á ella, sino que continuaron su ruta hácia el Océano que limita la Tierra. Las tierras que habían dejado en el cielo les parecían ya lejanas, claras y lucientes como astros. Tres dias después abordaron á las regiones oceánicas.

Allí se termina el viaje celeste. Luciano y sus compañeros llegaron cerca de la embocadura de una inmensa ballena, en la cual fué su bajel arrastrado por la corriente. Allí permanecieron cerca de dos años, que emplearon en visitar el país: los Taricanos que tienen el rostro de cangrejos y el resto de anguila; los Tritonomenettos y otros muchos pueblos residen allí. A su salida del monstruo, los exploradores continuaron su viaje, pasaron algunos meses en los infiernos, en donde renovaron el conocimiento con los antiguos Griegos, Pitágoras y otros metempsicosistas; después entraron en la isla de los Ensueños por el puerto del Sueño, bogaron á la isla de Ogygia, residencia de Calipso, y después á la de la esposa de Ulises, en donde encontraron á los Minotauros; y en fin llegaron á los Antípodas, en donde vieron bosques de pinos y de cipreses flotando sin raíces sobre las aguas, — islas movibles por encima de las cuales izaron é hicieron pasar su bajel.

Luciano se proponía escribir en dos libros siguientes las maravillas que había visto durante su viaje; pero su proyecto quedó sin realizarse. Uno de sus traductores, Perrot de Ablancourt, escribió esta continuación. En los dos últimos libros se ve la república de los animales, en cuyo centro se encuentra un templo redondo, cubierto de una cúpula de plumas azules, entre las cuales se ven luciérnagas y otros insectos luminosos que representan las estrellas. También se ve allí la isla de los Pyrandrianos, hombres de llamas de los cuales pueden darnos una idea los fuegos fátuos y los cometas; la de los Aporetianos, hombres de hielo, transparentes como el cristal; la de los Poetianos, que engendran en el hueco de la cabeza y paren por la punta de los dedos; la de los Mágicos, en donde había jóvenes hermosas desnudas que bailaban la Zarabanda con lascivos machos cabrios. Etcétera. — Después del novelador, vamos á oír

ahora al historiador; estos son los últimos ecos de las voces antiguas; los filósofos de los tiempos pasados se despiertan al llamamiento del gran sacerdote de Delphos: trátase del Mundo, de la Luna, de su naturaleza y demas habitantes.

ΠΛΟΥΤΑΡΧΟΥ
ΠΕΡΙ ΤΟΥ ΕΜΦΑΙΝΟΜΕΝΟΥ ΠΡΟΣΩΠΟΥ ΤΩ
ΚΥΚΛΩ ΤΗΣ ΣΕΛΗΝΗΣ

PLUTARCO. — *De la faz que se ve en la Luna.*

La Luna presenta hácia nosotros la misma faz desde el principio del mundo; esto es lo que resulta de los siguientes versos de Agesianax, de los cuales Arago nos ha dado una version mas sencilla todavía que aquella:

La Lune nous présente un contour lumineux;
En elle on voit briller la douce et pure image
D'une jeune beauté que la couleur des cieux
En relevant ses traits embellit davantage.
Dans ses yeux, sur son front, une vive rougeur
S'allie avec éclat à la simple candeur (1).

Las sombras, en la Luna, están cortadas por masas luminosas, dice Plutarco; se entrelazan de tal manera

(1) Presentanos la Luna contorno luminoso;
Brillar en ella vemos la imágen dulce y pura
De una jóven belleza que el color de los cielos
Realzando sus facciones mucho mas la embellece.
En sus ojos y frente, animado rubor
Con esplendor se junta á su simple candor.

unas á otras, que sus contrastes representan al natural un rostro humano. El último de los moralistas griegos se deja seducir como los filósofos y como el vulgo por esa apariencia de rostro que nos mira eternamente desde lo alto de la esfera estrellada. Apollónides explicaba esta apariencia de una manera singular. Decía que lo que miramos como un rostro humano en la Luna es la imagen del grande mar, representado sobre aquel planeta como en un espejo. La Luna llena, por la igualdad y el brillo de su superficie, sería el mas bello de los espejos. A causa de ciertas refracciones lunares, el mar Exterior (el Océano) estaba representado sobre el globo de la Luna, no en el mismo lugar en que está situado sino en el paraje en que la refracción produce su imagen. Las manchas de la Luna no eran mas que un reflejo de la Tierra. Por una singular coincidencia A. de Humboldt encontró en Persia hombres muy instruidos que pensaban lo mismo. « Lo que vemos, decían, con ayuda del telescopio, sobre la superficie de la Luna, no es mas que la imagen reflejada de nuestro propio país. »

Plutarco emplea su tiempo en refutar esta supuesta teoría con extrañas razones: En primer lugar, las manchas negras no forman un todo continuo; luego, no puede suponerse que la Tierra tenga muchos grandes mares entrecortados de istmos y de continentes! En segundo lugar, si el astro lunar reflejase nuestro globo, no hay razon para que los demas astros no lo reflejasen igualmente. Al paso que hace estas refutaciones inútiles, el filósofo examina las opiniones de los antiguos sobre la Luna: la de los estóicos, que suponían este astro un compuesto de aire mezclado con un fuego suave y tranquilo, — y que lo desfiguraban cubriéndole de manchas y de oscuridades; la de Empédocles, que hacia de él una masa de aire congelado semejante al granizo, y rodeado de la esfera del fuego. De vez en cuando, como perlas perdidas en la arena, deja caer sobre el sistema del mundo ideas sanas que expone sin echar de ver su valor. Así es que habla de los griegos acusando á Aristarco de haber turbado el reposo de Vesta y de los dioses lares, protectores del universo, suponiendo al cielo inmóvil y

opinando que la Tierra estaba en movimiento haciendo una revolucion oblicua á lo largo del zodiaco, y ademas de esto, girando sobre su eje. Despues habla de la Luna como de una tierra semejante á la nuestra, suspendida como ella en el seno de las olas aéreas.

Generalmente se olvida que el sistema del mundo adoptado en nuestros dias puede reclamar sus derechos de antigüedad, tan bien como el sistema de las apariencias; y que desde las épocas remotas de la historia se le habia examinado en su estado absoluto; se habian pesado las dificultades que se oponian á su admision; y finalmente, ¡ah! se le habia dejado á un lado como mas difícil de concebir. La ciencia no habia nacido, y sin embargo los hombres parecian haber recibido la intuición de lo verdadero. Una de las fases mas interesantes de la historia es seguir al hombre y verle tocando á cada instante la verdad, y apartándose á cada instante de ella en investigaciones que precisamente no tenían otro objeto que la verdad misma. Véase aquí, por ejemplo, una de las páginas mas memorables de estos anales, y las mas dignas de ser conservadas para utilidad de los siglos futuros. El que la ha escrito se representa bajo su verdadero aspecto el sistema del mundo, y expone las razones que le obligan á ponerlo en duda y á desecharlo.

« Guardémonos de dar oídos á esos filósofos que oponen paradojas á paradojas y combaten sistemas maravillosos con opiniones mas sorprendentes y mas absurdas, como los que por ejemplo, han imaginado este movimiento alrededor del centro. Bah! ¿qué especie de absurdo no se encuentra en este sistema? ¿Pues no dicen que la Tierra tiene la forma de una esfera, aún cuando veamos en ellas tantas desigualdades? ¿No sostienen que hay antípodas que, cabeza abajo, están enganchados á la Tierra como polillas ó gatos que se agarran con sus uñas? ¿No quieren que nosotros mismos estemos colocados sobre la Tierra, no á plomo y en ángulos rectos, sino de lado como beodos? ¿No pretenden que los pesos que cayesen en el seno de la Tierra, llegados que hubiesen al centro se detendrian allí aún cuando no encontrasen ningun cuerpo que los detuviese; ó que, si la violencia de su caída le

hiciese traspasar este centro, al momento subirian y vendrian á fijarse á este centro? ¿No suponen que un torrente impetuoso que, corriendo debajo de tierra, llegara hasta el centro, el cual, segun ellos, no es mas que un punto incorruptible, allí se detendria, y, girando como alrededor de un polo, permaneceria perpetuamente suspendido? *opiniones la mayor parte tan absurdas que la imaginacion mas fácil de persuadir no podria admitir su posibilidad.* Es poner arriba lo que está abajo: es trastornarlo todo y querer que todo lo que se extiende desde la superficie de la Tierra á su centro sea lo bajo, y que todo lo que está debajo sea lo alto. Si pues fuese posible que un hombre tuviese su ombligo colocado precisamente en el centro de la Tierra, tendria al mismo tiempo la cabeza y los piés hácia arriba; y á la vez sucederia que si se ahondase mas allá del centro, para sacarlo, la parte de su cuerpo que ocupase lo bajo tiraria arriba, y la que ocupase lo alto tiraria abajo, etc.»

Con racionios semejantes se atacaba la verdadera nocion del sistema del mundo; demuestran una vez mas que, si el hombre puede tener subjetivamente la intuicion de lo verdadero, no puede adquirir certidumbre en tanto que los principios de la ciencia experimental no le sirven de puntos de apoyo; ántes que la ciencia hubiese establecido los principios fundamentales de la mecánica y de la física, el hombre no podia edificar mas que en el vacío.

El Tratado de Plutarco sobre la Luna da la exposicion de las principales opiniones de los antiguos sobre este astro, tanto en física como en moral; y así como sucede en la mayor parte de los escritos de los antiguos, en esa exposicion están las verdades mezcladas confusamente con los errores, y las ilusiones con las certezas. A él le parece ver en la Luna, como en los demas astros, y como en la Tierra misma, una divinidad digna de nuestra gratitud, un sér viviente formado de un espíritu y un cuerpo; idea tan antigua como el mundo, renovada despues, como tantas otras vejeces por filósofos de buena fe. Recordaremos de paso, que el que en estos últimos dias acaba de pasar de esta vida á otra en donde sin

duda ve mas claramente la verdad (1), participaba como Ch. Fourier de esa idea, que nada autoriza, sobre la individualidad de los Mundos. Plutarco parece variar de opinion con los interlocutores que pone en escena. Aquí presenta al astro lunar como una region celeste, recibiendo una luz pura, y presenta sobre su globo «parajes de una belleza arrebatadora, montañas resplandecientes como la llama, fajas de color de púrpura, minas abundantes de oro y de plata que se encuentran á flor de tierra en las llanuras ó á lo largo de las colinas.» Mas léjos añade que «vemos por sus manchas que está entrecortada por vastas cavidades llenas de agua ó de un aire muy denso, en cuyo fondo nunca penetra el sol, y en donde sus rayos quebrados no nos envian aquí abajo sino una débil reflexion.» Mas adelante emite la idea que, como en ciertas comarcas de Egipto en donde nunca llueve, la Luna puede pasarse sin lluvia ni vientos y nutrir por la virtud misma de su suelo plantas y animales diferentes de los que viven en la Tierra; y que allí los hombres pueden vivir sin alimentarse como nosotros. Excelentes ideas, pero que intentan probar con ejemplos de una sencillez sin igual, como en su Historia de los pueblos de la India, llamados *Astomos*, que no comen porque no tienen boca, y que se alimentan segun Megásthenes, del humo de cierta raíz que hacen quemar y que respiran. Lo mismo sucede cuando habla de la violencia de ciertos movimientos de la Luna, probados por la caida de un leon de la Luna en el Peloponeso!

Nos dice tambien con la mayor candidez que el sabio Epiménides ha probado, con su ejemplo, que la naturaleza sostiene *un animal* con bien pocos alimentos, porque el dicho sabio no tomaba diariamente mas que un bocado de cierta pasta compuesta por él mismo; y añade que los habitantes de la Luna deben ser de una constitucion muy ligera y fáciles de sostener con los alimentos mas simples. «Dícese igualmente, continúa, que

(1) P. Enfantin. Estas líneas estaban escritas en el mes de agosto de 1864.

si la Luna como las estrellas se alimentan de las exhalaciones que suben de nuestro globo, tan probado está que los animales de estas regiones superiores son de un temperamento ligero y se contentan con poco! »

Véanse aquí ideas que agradarían á los positivistas de nuestra época.

Si no hubiera parte alguna del universo colocada contra su naturaleza, dice un interlocutor, y cada cual ocupase su sitio natural, sin tener necesidad de cambio ni de trasposicion aun sin haber tenido necesidad de ello en el origen de las cosas, no veo cuál habria sido la obra de la Providencia, ni en qué Júpiter, este arquitecto tan perfecto, se habria mostrado el padre y el criador del universo. No habria necesidad en un campamento de táctica ni de oficiales instruidos, si cada soldado supiese el punto que debia ocupar. ¿Qué necesidad habria de jardineros y albañiles, si el agua pudiese por sí sola distribuirse á todas las plantas para humedecerlas, ó si los ladrillos, las maderas y las piedras, por un movimiento y una disposicion naturales, fuesen á colocarse por sí mismos en su sitio y formar un edificio regular? Si pues, despojándonos de nuestros hábitos y de las opiniones que nos tienen subyugados, queremos decir libremente lo que creemos verdadero, parece que ninguna parte tiene por sí misma un sitio, una situacion y un movimiento particulares, que se puedan considerar como naturales. Pero cuando cada una de ellas se deja conducir de la manera mas conveniente, entónces está en su verdadero sitio, y la Inteligencia es la que preside á esta disposicion.

Despues de esta observacion, cuya sencillez oculta una de las cuestiones mas graves de la teología natural, Plutarco va á parar á la diversidad natural que distingue á los habitantes de la Luna de los de la Tierra, y hace á este propósito una comparacion que se ha renovado cien veces despues, y aun lo es útilmente en nuestros dias. No tenemos en cuenta la diferencia que separa á estos séres de nosotros, dice, ni vemos que el clima, la naturaleza y la constitucion son para ellos de otra especie diferente, y por esto mismo convienen á su

temperamento. Si no pudiesemos ni acercarnos al mar ni tocarlo, y que viéndolo únicamente de léjos, y sabiendo que su agua es amarga y salada, viniese alguno á decirnos que alimenta en el fondo de sus profundos abismos animales numerosos de toda forma y tamaño, que está lleno de monstruos que hacen del agua el mismo uso que hacemos nosotros del aire, le tomaríamos sin duda por un visionario que nos contaria fábulas desituidas de toda verosimilitud. Tal es nuestra opinion respecto á la Luna; nos cuesta trabajo creer que esté habitada. En cuanto á mí, pienso que sus habitantes se sorprenderán todavia mas que nosotros cuando distingan la Tierra, que les parecerá como la hez y el cieno del mundo al traves de tantas nubes, de vapor y de neblinas, que hacen de ella una morada oscura y baja y la hacen inmóbil (1). Debe costarles trabajo creer que un lugar semejante pueda producir y alimentar animales que tengan movimiento, respiracion y calor. Y si por acaso conociesen este verso de Homero:

Es una horrenda morada, que aun á dioses horroriza (2);

y estos del mismo poeta :

El se sumerge tan léjos bajo los sitios terrestres,
Como la Tierra ella misma distante está de los cielos (3),

(1) Plutarco cae aquí en el error causado por las ilusiones de los sentidos, que hemos señalado en nuestro capítulo sobre la pesanter Parte 1ª, pág. 129.

(2) C'est un affreux séjour, en horreur aux dieux même;

(3) Il s'enfonce aussi loin sous les terrestres lieux,
Que la Terre elle-même est distante des cieus.

creerian ciertamente que el poeta ha hablado de nuestra Tierra; no dudarian que el infierno y el Tártaro estuviesen colocados en nuestro globo, y que la Luna, igualmente alejada de los cielos y de los infiernos, fuese la verdadera Tierra.

Tal es la buena opinion que Plutarco supone han de tener de nosotros los habitantes de la Luna. En seguida pasa á una teoría palingenésica salida, al parecer, de nuestros antepasados del Norte.

Al terminar no podemos dejar de citar las opiniones que refiere sobre las trasmigraciones de las almas terrestres á la Luna; opiniones que han nacido, dice el historiador, entre los habitantes de una isla del poniente, situada mas allá de la Gran Bretaña, no léjos de los polos, y gobernada por Saturno en persona, despues de su partida del Olimpo. Por esta relacion se ve que los antiguos distinguian en el hombre tres partes: el cuerpo, el alma y la inteligencia; esta última facultad seria tan superior al alma como esta es superior al cuerpo. « Esta union del alma con el entendimiento forma la razon; su union con el cuerpo forma la pasion; una es el principio del placer y del dolor, otra de la virtud y del vicio. De estas tres partes, el cuerpo viene de la Tierra, el alma de la Luna, el entendimiento del Sol; el entendimiento es la luz del alma, como el Sol es la luz de la Luna. Sufrimos dos muertes: la primera se verifica sobre la Tierra, region de Céres, de donde los Atenienses llamaban á los muertos cerealianos; la segunda sucede en la Luna, region de Proserpina. Las almas permanecen por algun tiempo entre la Tierra y la Luna; despues son atraidas hácia su patria como tras un largo destierro, y allí sufren la segunda muerte, que los deja en el estado de inteligencia eterna. Los buenos están en la parte de la Luna que mira al cielo, y que se llama el Elíseo; los malos ocupan el lado de la Tierra que se llama el campo de Proserpina, etc. »

Hemos ofrecido este último extracto para no dejar un vacío. Las páginas que preceden dan una idea suficiente de las opiniones antiguas, cuyo representante se ha hecho Plutarco; tienen su fuente en la imaginacion

de una primera edad que no distingue todavía los límites de lo posible. La observacion, en metafísica y en física, apenas ha nacido; es una pendiente que el espíritu aún no se decide á seguir.